

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Posición de la sociografía en los ámbitos académicos en los inicios de las ciencias sociales en Argentina, a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Bosch, Graciela (UBA).

Cita:

Bosch, Graciela (UBA). (2007). *Posición de la sociografía en los ámbitos académicos en los inicios de las ciencias sociales en Argentina, a fines del siglo XIX y comienzos del XX. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/485>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eU8X/w6o>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Posición de la sociografía en los ámbitos académicos en los inicios de las ciencias sociales en Argentina, a comienzos del siglo XX.

Mesa temática nro. 56

Bosch, Graciela

Facultad de Ciencias Sociales -UBA

– carrera de doctorado-

José Pedro Varela 3045- Ciudad de Buenos Aires

4502-3900

grabosch@datafull.com

Introducción

Si para Coser¹ la ciencia social norteamericana, en su etapa inicial, se caracterizó por la “pasión evangélica”, entre nuestros exponentes locales encontramos una retórica reformista tan acendrada que parece sustituir la exaltación religiosa por el mesianismo político-social. En este trabajo nos proponemos mostrar la relación entre los iniciadores de la investigación social empírica y la reforma político-social, en Argentina. Al respecto, varios trabajos historiográficos, en la actualidad, intentan superar el concepto de campo intelectual como un espacio que tiene independencia relativa con respecto a la política, indagando acerca de la dificultad de marcar un corte nítido entre la producción del saber social y la construcción de políticas públicas, desde el Estado y sus instituciones². Sin embargo, aunque consideramos que la cuestión política es un tema ineludible, observamos una vinculación diferenciada en algunos grupos del elenco intelectual de principios del siglo XX. En efecto, advertimos que, mientras algunos intelectuales derivan la práctica científica de su función estatal y, en tal sentido, subordinan la doctrina y los métodos a las pautas que les dicta la función; otros, en cambio, determinan el objeto de estudio fragmentando el conocimiento general en las partes correlativas a las instituciones con las cuales se comprometen. Estas instituciones

¹ L. Coser, (2001), “Corrientes sociológicas de los Estados Unidos”, en Tom Bottomore y Robert Nisbet (comp.), *Historia del análisis sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu editores.

² Al respecto, F. Neiburg y M. Plotkin alertan acerca de la inadecuación del modelo de Bourdieu y su concepto de autonomía relativa para la ciencia social, cuyo origen está estrechamente relacionado con los requerimientos del estado moderno. En F. Neiburg y M. Plotkin, “Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción de conocimiento sobre la sociedad en Argentina”, en F. Neiburg y M. Plotkin (comp.), (2004), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, pp. 17/18.

Asimismo, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo advierten el carácter ambiguo que reviste el concepto de “autonomía”, referido al trabajo intelectual, en un medio en el que no se ha consolidado un sistema político que obre como garantía ante las coerciones externas. [C. Altamirano y B. Sarlo, (1993), *Literatura y sociedad*, Buenos Aires, Edicial, p. 85.]

son las universidades, como agencias de producción disciplinar³. El trabajo de promoción de los estudios sociográficos de Ernesto Quesada, que nos proponemos analizar, se inscribe en la segunda variante político-intelectual.

Por lo expuesto, con el objeto de determinar el pensamiento del autor que tratamos, nos detendremos, en primer lugar, en la diferenciación de los dos grupos arriba descriptos. En segundo lugar, considerando que Ernesto Quesada es uno de los iniciadores de una tradición disciplinar⁴, intentaremos establecer el rol que juegan las instituciones como operadoras de las distribuciones de poder e influencias en el proceso de selección de estas tradiciones. Por último, si bien consideramos que el compromiso del primer grupo intelectual con respecto al poder político es directo y su inserción oficial se torna indiscutible, también nos permitimos sospechar de la inocencia política de los segundos. En tal sentido, del análisis de algunos trabajos de Quesada inferiremos que la creación de una esfera institucional, como tribunal racional, ejerce un poder indirectamente político que no consigue ocultar sus aspiraciones con respecto al poder⁵.

1. Relaciones entre la esfera política y los elencos intelectuales

Carlos Barbé realiza una periodización de los estudios sociales en Argentina en las primeras décadas del siglo XX. En ella ubica a Ernesto Quesada en la etapa *La institucionalización de la sociología* junto a A. Dellepiane y L. Maupas. Este momento es posterior al de *La primera ciencia social*, representada por F. y J. M. Ramos Mejía, C. O. Bunge, J. Ingenieros y N. Matienzo y al de *La cuestión social, la investigación empírica y nuevos instrumentos analíticos*, ilustrada por Rodolfo Rivarola, Biale Massé y Juan B. Justo. A la etapa en que Barbé inscribe al autor le sigue *La sociología y los estudios sociales sucesivos*.⁶ Esta periodización nos parece relevante porque en ella se ponen de manifiesto las características distintivas de los distintos grupos de intelectuales. En tal sentido, si bien coincidimos con Barbé en la ubicación de Quesada

³E. Shils, (1980), "The Calling of Sociology and Other Essays on the Pursuit of Learning", en: *Selected Papers of Edward Shils*, vol VIII, The University of Chicago Press, pp. 168/70 y L. Mucchielli, "El nacimiento de la sociología en la universidad francesa (1880-1914)", en S. del Campo (coord.), (2000), *La institucionalización de la sociología (1870-1914)*, CIS, Centro de investigaciones sociológicas, pp. 43/45.

⁴ Esta percepción está fundada, sobre todo, en su actuación como primer profesor concursado, en 1904, de la materia sociología de la Universidad de Buenos Aires y el ejercicio de la docencia en Economía Política en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, a partir de 1907.

⁵Cfr. R. Koselleck, (1988), *Critique and Crisis, Enlightenment and the Pathogenesis of Modern Society*. The MIT Press, Cambridge.

⁶ C. Barbé, (1993), "El `problema de Durkheim´ (en la formación de la sociología argentina)", en *Sociedad*, UBA, 3, pp. 157-180.

en la etapa de institucionalización, sin embargo, consideramos que esta periodización puede ser completada teniendo en cuenta el contexto político que envuelve a los protagonistas de la historia de la ciencia y sus relaciones diferenciadas con este contexto. De este modo, distinguimos, en primer lugar, a un grupo de intelectuales fuertemente ligados a políticas estatales, que se rigen por el paradigma biofísico, pero que siguen un criterio de demarcación provisto por instancias exteriores a la práctica misma. El objetivo de este sector es suministrar a la sociedad, como “arsenal ideológico”⁷, un proyecto político. Este proyecto se pondrá en práctica a través de programas estatales impregnados de analogías biologicistas, darwinismo social y doctrina spenceriana. Para estos intelectuales administradores del Estado, el conocimiento de la sociedad está basado en la existencia de leyes y principios vinculados con la raza, la herencia o la constitución cerebral, como factores determinantes. Podemos traducir esta simplificación de la complejidad social en la necesidad de homogeneizar la escena urbana repentinamente heterogénea como producto de la inmigración. De este modo, la peligrosa heterogeneidad, explicada por un único factor puede reducir los conflictos y convertir una sociedad sospechosa en administrable, por ejemplo, para José María Ramos Mejía académico⁸ y presidente del Consejo Nacional de Educación, o para Carlos Octavio Bunge, intelectual y fiscal en lo criminal y correccional de la Capital. La homogeneización de lo heterogéneo a partir de un núcleo irreductible será completada por la observación y control de las fuerzas instintivas de los individuos. Se obtuvo, de esta manera, una estrategia que, al fin, permitiría aplicar remedios específicos, tanto más eficaces si se entiende la libertad como epifenómeno de lo biológico. Al respecto, para Sarlo y Altamirano⁹, el lugar que este tipo de intelectual se asignará a sí mismo será el de intermediar entre la sociedad y los titulares del poder político oficial, a través de la afirmación del derecho tutelar de la elite. En efecto, el adoctrinamiento y el establecimiento de valores, vía la cátedra

⁷ Juan Francisco Marsal, (1963), *La sociología en la Argentina*, Buenos Aires Los libros del mirasol, pp. 182/3

⁸No estamos minimizando el carácter académico de Ramos Mejía. En efecto, fue uno de los miembros elegidos en la terna para dictar la materia Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, junto a Ernesto Quesada y Juan A. García. Asimismo tuvo una destacada actuación en la protesta estudiantil del verano de 1973/74, que culminara con la revisión de todo el régimen de enseñanza y plan de estudios de la carrera de medicina de la Universidad de Buenos Aires (Tulio Halperin Donghi, (1962) *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 83/84). Estamos aludiendo a determinada manera de hacer política.

⁹ C. Altamirano y B. Sarlo, (1983), “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, pp. 102/105.

universitaria, la publicación en revistas o libros, parecen ser parte de la función pública de este sector que analizamos. Un segundo grupo está formado por quienes se percibieron a sí mismos como críticos de la política oficial y comenzaron a trabajar el aspecto técnico de sus disciplinas, ofreciendo marcos normativos fuera de los cánones del biologicismo. A su vez, fueron percibidos como los iniciadores de la reflexión sobre la identidad científico-intelectual¹⁰ y de la conversión del humanista en experto. En este proceso, serán juzgados según “criterios internos a la disciplina misma”¹¹. Así, comenzarán a regir sus prácticas por principios emanados de las instituciones correspondientes, o estatuirán dichos principios para fortalecer las instituciones marco de sus prácticas.

Aunque el tránsito del segundo grupo por la política sirvió para fortalecer el campo intelectual, iniciando una tradición profesional, sin embargo, su relación con ella será ambigua. Este sector habitará, simultáneamente, el espacio del juez y de la parte. De este modo, los académicos se erigirán en tribunal crítico-racional, a pesar de que sus aspiraciones políticas serán ostensibles. Como afirma Silvia Sigal, “fueron los intelectuales mismos los que (...) rechazaron, en los hechos, la distinción entre esfera política y esfera cultural”¹². En cambio, la relación con la política del primer grupo relegó la institucionalización universitaria a la instancia de formadora de conciencias “desde arriba”, por el aparato estatal. Se trata de distintas maneras de poner en juego los fines implícita o explícitamente invocados, y los medios utilizados.

2. Proceso de institucionalización de las disciplinas

Algunos trabajos historiográficos ponen en duda el proceso de secularización como causa determinante de los comienzos de las ciencias sociales. En efecto, como afirma Edward Shils, si bien la existencia de un sujeto capaz de desmitificar la autoridad y las creencias acríticamente establecidas constituye una condición necesaria para el desarrollo de estudios en que estas mismas cuestiones son puntos vitales de reflexión; sin embargo, resulta insuficiente para explicar, en primer lugar, el surgimiento de los estudios científicos en su totalidad, como la astronomía, por ejemplo, que no se vio limitada por la subordinación de los sujetos a sociedades tradicionales, sede de su

¹⁰ C. Altamirano y B. Sarlo, “Argentina del centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en *op. cit.*, pp. 71/72

¹¹ J. Dotti, (1992), *La letra gótica, Recepción de Kant en Argentina desde el romanticismo hasta el treinta*, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, pp. 150/1.

¹² S. Sigal, (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, p. 104.

emergencia. Y, en segundo lugar, porque este argumento no puede dar cuenta de la dirección intelectual que tomarían las distintas ciencias sociales ni de sus rasgos diferenciados según los lugares en que efectivamente se instalaron¹³. En cambio, advertimos que el concepto de tradición intelectual podría resultar fructífero para una comprensión más abarcadora del tema. Al respecto, Shils concuerda con la perspectiva que considera que el status epistemológico de los estudios sociales es problemático, si tenemos en cuenta las evaluaciones que se realizan siguiendo el modelo de las ciencias naturales. Pero como, a pesar de todo, el hecho sociológico existe, puesto que tiene sus propios objetos de estudio y una práctica de investigación y enseñanza que lo justifica como tal, podemos aseverar que se trata, sin duda, de una disciplina intelectual. Como disciplina intelectual, ésta encuentra su desarrollo dentro del marco de una tradición.

La descripción que realiza Shils de las tradiciones como contextos que ocultan su proceso de producción y se presentan a sí mismos como algo dado o naturalizado, es análoga al concepto de Raymond. Williams de “tradición selectiva”, relacionado con el tema de la hegemonía. En efecto, para Williams la tradición selectiva es aquella por la cual ciertas interpretaciones y prácticas son privilegiadas sobre otras a las que se excluye, dentro de una hegemonía particular, es decir, dentro de una distribución específica de poder e influencia. Sin embargo, el rasgo de construcción inscripto en el carácter parcial de la selección cultural es oculto, puesto que se presenta a sí misma como universal. De este modo, la universalización de la versión arbitrariamente constituida le confiere a determinada tradición mayor operatividad en el proceso de identificación cultural¹⁴. En tal sentido, la tradición es una construcción creada por individuos en la competencia por la hegemonía de sus interpretaciones sobre la realidad social y política. En relación con lo anterior, también Shils presenta el ámbito intelectual del sociólogo, que se inicia, aproximadamente, a fines del siglo XIX y principios del XX, como resultado de un proceso de selección de perspectivas en competencia. Así, cada situación social, como objeto de estudio, es interpretada, por el científico social, a la luz de una tradición determinada que le suministra, a la vez, los instrumentos de observación y análisis para ser comprendida¹⁵. El rol que juegan las instituciones en el proceso de selección de tradiciones es fundamental porque las distribuciones de poder e influencia, como operadoras de la dicho proceso, tienen su

¹³E. Shils, (1980), *The calling of Sociology and Other Essays on the Pursuit of Learning*, op. cit., p. 167.

¹⁴R. Williams, (1980), *Marxismo y literatura*, Barcelona, Ediciones Península, pp. 129/42.

¹⁵E. Shils, *The calling of Sociology and Other Essays on the Pursuit of Learning*, op. cit., p. 168.

sede en ellas. De este modo, las instituciones dictaminan por qué algunas interpretaciones surgidas de la confrontación entre tradiciones obtienen visibilidad e incluso capacidad para efectuar la apropiación de otras interpretaciones de tradiciones rivales.

Nos proponemos cotejar las características que definen la institución con las propiedades de los ámbitos en los que se desarrolló Ernesto Quesada. En sentido general, una actividad intelectual está institucionalizada cuando establece normas y se organiza según reglas. Al respecto, Jennifer Platt da mayor especificidad al concepto con la introducción del consenso que se requiere de los miembros del grupo institucionalizado con respecto a dichas normas. Asimismo, Shils alude a la densidad de las interacciones que conforman las instituciones y a su estructuración jerárquicamente organizada. En tal sentido, la autoridad fija los límites de la actividad, le da continuidad y estipula los criterios, no necesariamente formales, para la selección de alguna tradición particular¹⁶. Si la organización según normas define la institucionalización, la mayor institucionalización dentro del campo intelectual corresponderá, entonces, a aquella organización que desarrolle su docencia e investigación dentro de un marco regulado, certificado y sistemáticamente administrado, esto es, las universidades, como agencias de producción disciplinar. La universidad también es reconocida como institución intelectual privilegiada, porque aporta los elementos de estabilidad y reconocimiento oficial. Sostenemos que Ernesto Quesada formó parte de los demarcadores de tradiciones dentro de los estudios sociales universitarios, donde compitió, también, con otros grupos intelectuales que adhirieron a tradiciones rivales anexas a la universidad. Su actuación como profesor de la materia Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras y de Economía Política en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata y su colaboración en revistas universitarias especializadas le permitió imponer criterios de autoridad intelectual dentro del campo, e incluso transferirlos a campos externos. En efecto, el texto en el que promueve la investigación empírica para las ciencias sociales, “La cuestión obrera y su estudio universitario”, es el resultado de una conferencia pública dictada en junio de 1907 en la Biblioteca de La Plata y editada por el Boletín del Departamento Nacional del Trabajo¹⁷.

¹⁶ E. Shils, *The calling of Sociology and Other Essays on the Pursuit of Learning*, op. cit. p. 169

¹⁷ E. Quesada, “La cuestión obrera y su estudio universitario”, (1907), en *Boletín del DNT*, nro. 1, Buenos Aires.

3. La investigación social empírica como reforma social y como método

Este texto arriba citado de Quesada nos enfrenta a una paradoja. Por un lado, la retórica refiere a la universidad; por otro, la circulación abarca un público más extenso que el meramente académico. Interpretamos que esa tensión significa la puesta en escena de una representación. Se trata de una pieza que debe ser exhibida no sólo para un observador lego, sino también para aquellos para los que la política es una acción que prescinde de la teoría. Porque, para Quesada:

“no basta saber ver, y nada hay más difícil que observar científicamente (...) es peligroso confiar una investigación tal a una persona poco o a medias preparada para ello (...) se puede fijar en detalles insignificantes, prescindir de los importantes y trazar un cuadro de conjunto que deforme o induzca a errores”¹⁸.

Fiel representante de su grupo, Quesada considera que, por encima de la política como práctica, se eleva la política como ciencia, la que prepara para ver, la que enseña a observar. Pero no se trata de una habilidad que deba ser cultivada en las sombras. El autor publicita su cultivo. Muestra al público extenso del habitante políticamente pasivo; pero advierte al más restringido de los activos. Porque si no se instala el estudio de la cuestión obrera en las universidades –afirma Quesada– “se lo entrega a la propaganda de los agitadores profesionales y se deja al público sin argumentos para contrarrestar dicha propaganda o para valorarla convenientemente”¹⁹. Así, la solución de los problemas sociales se encontrará vía la consideración del tema en términos “estrictamente científicos”. De este modo, el autor une la ciencia social a la reforma.

En efecto, la introducción de la investigación empírica en la sociología, que Quesada propugna, se asocia al movimiento de reforma social o ameliorista que dominó la investigación social empírica europea a mediados del siglo XIX. La combinación entre el empirismo y la moral, y la reducción de lo social a lo individual constituyeron las características fundamentales de este movimiento. Así, sus cultores estuvieron persuadidos de que la reforma social se produciría por medio del perfeccionamiento individual, de manera que el estudio de las condiciones estructurales de la sociedad fueron resignadas a favor de las opiniones morales. En el mismo sentido,

¹⁸ E. Quesada, “La cuestión obrera y su estudio universitario”, en *op. cit.*, p. 10.

¹⁹ E. Quesada, “La cuestión obrera y su estudio universitario”, en *op. cit.*, p. 5

en “La sociología. Carácter científico de su enseñanza”²⁰, Quesada afirma que ningún asunto es más importante que la relación del individuo con la sociedad, es decir, “la influencia de la voluntad individual en el desenvolvimiento social”²¹.

Pero la ubicación anterior no es unívoca, el trabajo de Quesada también puede inscribirse en el movimiento de observación directa, que Bulmer, Bales y Sklar²² presentan como forma de superación de las limitaciones de los reformistas morales, que sustituyeron al observador desinteresado por una relación desigual entre los miembros de las clases altas y los “desafortunados morales”. De este modo, la práctica de observación independiente, con el tratamiento cuantitativo y sistemático de datos, llevada a cabo por Mayhew²³ y el desarrollo de métodos pragmáticos basados en la recolección sistemática de datos de Frédéric Le Play, contrastaron con el paternalismo moralista de los reformistas. Para estos investigadores, sin la observación directa, el estudio de lo social es a las ciencias sociales lo que la alquimia y la astrología, a las ciencias naturales. Del mismo modo, Quesada, con el fin de obtener “observadores desinteresados”, propone que los alumnos dispongan de elementos monográficos y estadísticos para examinar cualquier cuestión en la opinión de los escritores y en hechos traducidos en cifras. Sólo así, enfatiza el autor, “puede después ir a interrogar a patrones y obreros en fábricas y talleres y observar las peculiaridades del trabajo nacional”²⁴. Asimismo, para dotar a los estudios de mayor objetividad, considera que el método de las ciencias sociales debe ser análogo al de las ciencias naturales porque, si bien “los experimentos no pueden ser de igual naturaleza que los de las ciencias naturales ni la investigación, del mismo género, ambas cosas son indispensables para llegar a conclusiones fundadas”²⁵. Sobre esta misma cuestión en “La sociología, carácter científico de su enseñanza”, afirma que, ante la dificultad mayor que tienen las ciencias sociales en lo que respecta a la experimentación, ésta puede ser reemplazada por la estadística²⁶.

²⁰ E. Quesada, (1905), “La sociología. Carácter científico de su enseñanza”, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Tomo III, nro. 5. Hemos usada el texto recopilado por N. Botana y E. Gallo, (1997), *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel.

²¹ E. Quesada, “La sociología. Carácter científico de su enseñanza”, en *op. cit.*, p. 563.

²² M. Bulmer, K. Bales and K. Sklar, (1991), *The social survey in historical perspective (1180-1940)* Cambridge University Press, pp.1-42

²³ Henry Mayhew publica sus datos en forma de artículos entre 1840 y 1851. Finalmente los publica en *London Labour and the London Poor*, en 1861.

²⁴ E. Quesada, (1907), “La cuestión obrera y su estudio universitario”, en *op. cit.* p. 11

²⁵ E. Quesada, (1907), “La cuestión obrera y su estudio universitario”, en *op. cit.* p. 9.

²⁶ E. Quesada, “La sociología. Carácter científico de su enseñanza”, en *op. cit.* p. 565.

Pese a estos avances de los movimiento reformista y de observación directa sobre la prehistórica aritmética estadística cuya sólo función consistía en calcular, ordenar y clasificar datos, para Bulmes, Bales y Sklar la investigación empírica moderna recién se inicia a fines del XIX, cuando el método es importante no tanto por la forma en que analiza los datos sino por la conceptualización y determinación del problema, de modo que el dato pueda crear el objeto, como dice González Bollo: “realizando una operación de representación de la sociedad y de los grupos que la constituían”²⁷; cuando se procura la precisión en los términos utilizados, evitando la vaguedad y la ambigüedad; la exhaustividad de la recolección de datos, respetando la cobertura local; la obtención de la información de primera mano, y se prefiere el enfoque colectivista frente al individualista. Realizando un paralelo entre las corrientes ameghioristas y de reforma social y la investigación empírica moderna podemos enfatizar el aspecto descriptivo de la investigación moderna frente al normativo o prescriptivo de los reformadores. Este aspecto informativo o descriptivo de la investigación moderna tiene como consecuencia la entrada de estos trabajos en el mundo académico, el intento de constituirlos en ciencia. En el mismo sentido, nuestro autor local reclama la necesidad de un método preciso, y denuncia el estado de su época respecto de la consideración de los problemas sociales. Así, opone el método al tratamiento a “poncho limpio” o “a la criolla”; esto es, represión por parte del estado. En tal sentido, instala la predicción como cuestión metodológica de la que no son capaces los dirigentes políticos, sino los universitarios, que se constituyen, en esta perspectiva, en intérpretes privilegiados de la cuestión obrera.

Si la investigación moderna europea tiene lugar cuando la crisis económica británica de 1870, que puso al descubierto la pobreza preexistente, confrontó con los estudios individualistas y de reforma moral, produciendo un retroceso de estas corrientes ante el avance de partidos políticos más organizados y el desarrollo de los sindicatos; en Argentina, Quesada enumera, como trasfondo de su promoción de la investigación empírica, la huelga general de maquinistas ferrocarrileros y de los obreros del puerto de Capital, y el boicot y sabotaje que, siempre según el autor, “ponen en peligro los negocios y la producción” y “atentan contra la prosperidad del país”. Asimismo, se muestra alarmado por las redes de comunicación de las fuerzas

²⁷ H. González Bollo, (1999), “Ciencias sociales y sociografía estatal. Tras el estudio de la familia obrera porteña, 1899-1932”, en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, año IX, nro. 16, Santa Fe, p. 29.

socialistas²⁸. De este modo, podemos considerar que Quesada también participa de la investigación empírica moderna al advertir que la acumulación sistemática de hechos sociales es un instrumento necesario para encontrar una intervención social apropiada, que trascienda las corrientes que confunden la investigación social con la filantropía.

No obstante esta proclamada búsqueda de objetividad por medio de la ciencia, los estudios sociales permanecen en la frontera difusa entre lo político-social y lo científico. El hecho de que los estudios empíricos aplicados a la sociedad, entendidos como trabajo de campo, colección de datos de primera mano, con el propósito de alcanzar información acotada y referida a cuestiones específicas y con la intención de cuantificar los fenómenos comenzaron cuando las clases medias y altas se interesaron por los efectos negativos de la urbanización e industrialización puede estar a la base de esta ambigüedad. Así, el interés de algunas elites locales por las condiciones de la clase trabajadora estuvo motivado tanto por el deseo de paliar las necesidades a través de la acción voluntaria o estatal, como por el propósito de ejercer mayor grado de control social a través de un uso científico experto. De este modo, la incorporación de las nuevas fuerzas sociales al proceso de elaboración y funcionamiento de las instituciones que regularían las relaciones industriales, a la par de su integración al proceso político es percibida como amenaza por la elite dirigente²⁹.

Al respecto, si comparamos esta obra de promoción de la investigación empírica, con otra de tipo ensayístico como “La argentinidad en constitución”³⁰, encontramos incompatibilidades que nos parecen reveladoras de una dualidad que no es sólo discursiva. Así, Quesada pasa de la demanda de adaptación para las ciencias sociales de los mismos métodos de las ciencias naturales, conjeturando la realización de un “laboratorio para las ciencias sociales”, en “La cuestión obrera...”, a la adhesión al método interpretativo histórico, como modelo para las ciencias sociales³¹, la distinción entre las ciencias sociales y los experimentos de laboratorio y la exclusión de un método a priori que impida captar “la verdad de la vida” al “cernirse en las nebulosidades de

²⁸ Dice Quesada: “en los centros socialistas del exterior se sabe de antemano cuando van a estallar las huelgas en Argentina, según indica la Internacional socialista Riview, de Chicago (...) el plan de esperar la estación del año en que se exportan los frutos del país para hacer una huelga”. Interpreta la situación como “antagonismo entre trabajo y capital”, “lucha de clases”, guiada con el “evangelio marxista”. (E. Quesada, “La cuestión obrera y el estudio universitario”, en *op. cit.*, p. 5)

²⁹ Cfr. E. Zimmermann, (1994), *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina: 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana-San Andrés.

³⁰ E. Quesada, (1918), *La argentinidad de la constitución*, Imprenta Nacional de J. Lajouane, Buenos Aires.

³¹ E. Quesada, *La argentinidad de la constitución*, *op. cit.* p. XXXV

una lógica exagerada”³², enfatizando que la formulación de un método a posteriori de la práctica científica deberá ser considerada “ley sociológica”³³, en el ensayo citado.

Estas incompatibilidades teóricas pueden inscribirse en las tensiones producidas por la dualidad de objetivos que acompañó los estudios sociales. Estos objetivos fueron, por un lado, proveer material obtenido científicamente como apoyo de las conclusiones de las teorías sociales, es decir, su utilización como método de estudio y análisis de los fenómenos sociales, y, por otro, procurar establecer un programa de planeamiento social. Si bien las funciones del metodólogo y del reformador político-social atraviesan todas las obras de Quesada, su distribución se realiza de forma diferenciada. Como metodólogo atenúa la perspectiva reformista que exalta como promotor de políticas públicas. Por el primer objetivo, el autor es un intelectual que no depende de la política; por el segundo, hace que la política dependa del intelectual.

Conclusión

La investigación de fines del siglo XIX, en Europa, y principios de XX, en Argentina, pretendió iluminar temas de actualidad que causaron controversia pública, buscando promover un mejoramiento social o la intervención sobre estos fenómenos. En tal sentido, constituyen un medio para medir las dimensiones de un problema social, relacionando la búsqueda de las causas con el intento de encontrar soluciones. De este modo, la cuestión social, percibida como situación patológica por los miembros de la elite intelectual, dio lugar al inicio de muchas investigaciones empíricas. Debido a los múltiples entrecruzamientos e implicaciones que caracterizan a las teorías y las prácticas de las ciencias sociales, sintetizaremos nuestra conclusión en tres respuestas provisionarias:

- 1) la investigación social es una construcción que busca formar opinión e influir sobre la sociedad. Por lo tanto, la relación de la política con la ciencia social es ineludible. No obstante, creemos que su distribución y circulación no es unívoca,
- 2) el lugar de reproducción de la actividad y reconocimiento intelectual no dependió únicamente de los méritos intrínsecos del investigador, sino también de las redes que hicieron visible su trabajo y lo amplificaron hacia el exterior, y

³² E. Quesada, *La argentinidad de la constitución*, op. cit. p. VII

³³ E. Quesada, *La argentinidad de la constitución*, op. cit. p. VIII/X

- 3) la función de Quesada como uno de los iniciadores de la investigación empírica académica no se realizó dentro de la política sino por encima de ella. Como intelectual pareció subordinarse a la ley racional y, al erigirse en tribunal crítico racional, colocó la irracionalidad del lado de la política. Como reformador político-social que erige el tribunal, posiblemente, la política a largo plazo le haya ofrecido mayores dividendos en un momento en que la elite entró en crisis de legitimidad.

Bibliografía

Altamirano, C. y Sarlo, B., (1983), “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Altamirano, C. y Sarlo, B., (1993), *Literatura y sociedad*, Buenos Aires, Edicial.

Barbé, C., (1993), “El `problema de Durkheim´ (en la formación de la sociología argentina)”, en *Sociedad*, UBA, 3.

Bulmer, M., Bales, K. and Sklar, K., (1991), *The social survey in historical perspective (1180-1940)* Cambridge University Press.

Botana, N. y Gallo, E., (1997), *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel.

Coser, L., (2001), “Corrientes sociológicas de los Estados Unidos”, en Tom Bottomore y Robert Nisbet (comp.), *Historia del análisis sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu editores.

Dotti, J., (1992), *La letra gótica, Recepción de Kant en Argentina desde el romanticismo hasta el treinta*, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

González Bollo, H., (1999), “Ciencias sociales y sociografía estatal. Tras el estudio de la familia obrera porteña, 1899-1932”, en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, año IX, nro. 16, Santa Fe.

Halperin Donghi, T., (1962) *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba.

Koselleck, R., (1988), *Critique and Crisis, Enlightenment and the Pathogenesis of Modern Society*. The MIT Press, Cambridge.

Marsal, J. F., (1963), *La sociología en la Argentina*, Buenos Aires Los libros del mirasol.

Mucchielli, L., “El nacimiento de la sociología en la universidad francesa (1880-1914)”, en S. del Campo (coord.), (2000), *La institucionalización de la sociología (1870-1914)*, CIS, Centro de investigaciones sociológicas.

Neiburg, F. y Plotkin, M., “Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción de conocimiento sobre la sociedad en Argentina”, en F. Neiburg y M. Plotkin (comp.), (2004), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós.

Quesada, E., (1905), “La sociología. Carácter científico de su enseñanza”, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Tomo III, nro. 5.

Quesada, E., (1907), “La cuestión obrera y su estudio universitario”, en *Boletín del DNT*, nro. 1, Buenos Aires.

Quesada, (1918), *La argentinidad de la constitución*, Imprenta Nacional de J. Lajouane, Buenos Aires.

Shils, E., (1980), “The Calling of Sociology and Other Essays on the Pursuit of Learning”, en: *Selected Papers of Edward Shils*, vol VIII, The University of Chicago Press.

Sigal, S., (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur.

Williams, R., (1980), *Marxismo y literatura*, Barcelona, Ediciones Península.

Zimmermann, E. A., (1994), *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina: 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana-San Andrés.